

EL NIÑO SOLO

A Sara Hübner.

Como escuchase un llanto, me paré en el repecho y me acerqué a la puerta del rancho del camino, un niño de ojos dulces me miró desde el lecho y una ternura inmensa me embriagó como un vino!

La madre se tardó curvada en el barbecho; el niño, al despertar, buscó el pezón de rosa y rompió en llanto..... Yo lo estreché contra el pecho y una canción de cuna me subió, temblorosa!

Por la ventana abierta la luna nos miraba. El niño ya dormía, y la canción bañaba, como otro resplandor, mi pecho enriquecido.....

y cuando la mujer, trémula, abrió la puerta me vería en el rostro tanta ventura cierta ique me dejó el infante en los brazos dormido!

Gabriela MISTRAL (Chile.)

Gabriela Mistral opina sobre la Literatura Americana

LA ENCUESTA DE UN PERIODICO DE PARIS

Un periódico parisiense, "L'Amérique Latine", que redacta en esa ciudad un grupo de escritores latino-americanos y franceses, ha abierto la siguiente encuesta:

10. ¿Cuál le parece ser la influencia de las literaturas extranjeras en el moderno desarrollo literario de América?

20. ¿Opina usted que existe una literatura americana en prosa y verso y en qué género le parece que se revela mejor este esfuerzo original?

30. ¿Juzga usted que se ha cerrado en nuestro continente un ciclo literario—el llamado modernista—y que se inicia otro de literatura americana? ¿Cuáles son los representantes de esta nueva dirección?

40. ¿El reciente desarrollo de la novela, tan poco cultivada en el pasado, le parece manifestación de este americanismo literario?

50. ¿Cree usted que existe una decadencia actual de la poesía lírica y un renacimiento de la poesía épica, en que se revele precisamente el paso del modernismo al americanismo?

Entre las personalidades literarias a quienes se ha dirigido, figura la eminente poetisa chilena Gabriela Mistral. He aquí la respuesta de la genial poetisa a la encuesta de "L'Amérique Latine".

"Distinguido señor: contesto con tardanza su atenta circular de julio del año pasado.

judíos!" al Hijo de Jehová, no a Jehová mismo.

Y he aquí aún varias preguntas frecuentes y que saltan contraponiéndose: ¿Gabriela Mistral es sencilla, es compleja en su poesía? ¿Es clara, es oscura y atormentada en la forma? ¿Es rica de léxico, o reduce sus vocablos a una centena insistente?

Hay demasiada grandeza en ella para que su sencillez pueda señarse a la del simple; y, por la misma razón, a unos parece turbia y a otros despejada. La claridad y la sencillez se hallan en relación estrecha

pueden sino el tiempo, el cultivo largo y eso, cuando poseen una sensibilidad susceptible de progreso. Entre esos seres y un gran poeta se interpone la mayor de las distancias: la que se mide en el espacio interno.

Y por lo general, hacemos en estos negadores un descubrimiento triste: las ideas se han inmovilizado ya en ellos, les molesta pensar, tienen pereza de ir adelante.

El tormento de la forma en Gabriela Mistral es ya punto de explicación más fácil. Arranca de un odio, de un asco invencible que la poetisa siente por lo trivial, senecto y

bilizado incomparablemente. Hoy es a la vez único y fácil. Con una facilidad majestuosa, eso sí, hija precisamente de aquella tortura.

Y consecuencia de esta lucha resulta la tercera respuesta: la cuestión cuantitativa de su léxico; porque engastar sólo gemas propias y singulares, trae una necesaria reducción de los elementos verbales.

Pero esto constituye el estilo de Gabriela Mistral, y ella parece preferir la riqueza de la calidad a la de la abundancia, por cierto que con una altísima razón. El perjuicio de ello lo veo apenas para quienes pretendan hacerse sus imitadores.

¿Quién podrá usar hoy sin peligro de influencia "euenos", "hucsa", "desguajar", "eunajo", "nevera", "garfio"....?

Más aparte de que, como he dicho, la mitad de este libro penetra sin esfuerzo en las sensibilidades más ingenuas, todo esto es secundario y mínimo.

Lo esencial reside en la entonación de este poeta excelso, vendaval de enormidades; y bajo el ondear soberbio de su espíritu están todavía la universalidad de los temas que le encienden y exaltan, lo múltiple de sus acentos y la iluminación plena que recibe cuanto cae bajo su gracia augusta.

Como entonación, sólo D'Annunzio alcanza en este siglo su altura. "Cima", "Volverlo a ver", "Ceras eternas", "Yo no sé cuáles manos", "La espera inútil", "La ofesión", por no repetir citas ya hechas ni fatigar con nomenclaturas sin cuento—nos vienen con voz de mares y resonancias de montañas.

Los temas son casi siempre de valor eterno, y con tal poder están expresados y tal trascendencia humana fue de ellos tendida hacia los horizontes de nuestro espíritu, que luego de sentirnos crecidos y como prolongados, creemos hasta imposible que nadie los vuelva a tocar. "Amo Amor", "Los Poemas de las madres", "Los poemas del Extasis", traen a esta cima poética. Y la variedad de acentos que va de "El Pensador de Rodin" a "Oberto" y las "Canciones de Cuna" es gama de genio.

Advertencia genial me parece también ese soneto de mármol que abre el volumen:

"Con el mentón caído sobre la (mano ruda, el Pensador se acuerda que es carne (de la huesa

..... Y no hay árbol torcido de sol en la llanura, ni león de flanco (co herido, crispado como este hombre que me- (vita en la muerte".

Pues bien, sobre toda esta excelencia, está todavía la humilde bondad de Gabriela. En carta reciente me ponía: "Todo lo malo que pueden decir de mi libro me lo he dicho yo antes". Y en su anterior me había escrito ya su autocrítica, tras la cual apenas permanecía en pie "El Poema del Hijo". (?) No es un cuento, es verdad, diré con ella... Para que nada haga remisa nuestra admiración, Gabriela es humilde, buen fundamentalmente. Su mayor elogio al amigo se vuelve siempre en esta frase: "Fulano es un hombre bueno".

Esto legitima nuestra veneración. Venerar es admirar con amor. Demos veneración a nuestra poetisa; pues sólo para quien tiene un corazón bien puesto, el talento es una dignidad.

Os lo digo porque paso a paso he seguido su vida en diez años y siempre la vi "abucar" el pecho de madre a los tristes, a los faltos de valimiento, a los mansos de corazón, aún a los distraídos, con tal que tuviesen

10. Me parece que la influencia francesa fue la más visible en América, durante unos quince años, los mismos de esa especie de reinado literario de Rubén Darío. Hoy influyen más la literatura del Norte especialmente la rusa;

20. Pienso que ya existe en América una literatura equiparable con la contemporánea de España, en prosa y en verso. Creo que algunas obras poéticas son las mejores del con junto: las de Neruo, Darío, Valencia, Lugones, Chapdevilla, González Martínez, Chocano, etc. En prosa hay obras definitivas, pero en menor número;

30. Sin duda se ha cerrado el ciclo modernista, un poco confuso, caótico y abigarrado. Las obras del nuevo ciclo son más nítidas, más originales y el ambiente americano empieza a penetrarla. Los representantes de esta nueva época serían M. Díaz Rodríguez, Manuel Gálvez, Eduardo Barrios, Pedro Prado, Arguedas y muchos seguramente que desconozco, pues las pocas novelas americanas;

40. No creo en una decadencia de la poesía lírica ni en un renacimiento de la épica a la cual siento como reñida con nuestro tiempo.

Lo saluda muy cordialmente, Gabriela Mistral.

Al publicar la respuesta de la poetisa "L'Amérique Latine" acogió en

la "buena voluntad" que pedía el Maestro. En "La Maestra rural" y "Credo" podréis mirarla a fondo; en "El Himno cotidiano" y "Hablándole al Padre", oír su prez genuina.

Y he ido postergando dos cuerdas primordiales de esta citara gigante; la madre y la enamorada. Tan sólo ellas dos, darán un libro a la crítica de la posteridad; bastarán ellas para ungir la memoria. Ahora, en artículo fugaz, limitémonos a indicirlas.

Para verlas, para vibrar, sacudiéndose, agitate en sus acordes desoladores, seguid—no hace falta más—de "El niño solo" a "La mujer estéril" y "El Poema del Hijo", este temblar de amor que se angustia.

Dice por ahí: "Un niño de ojos dulces me miró (desde el lecho (y una ternura inmensa me embria- (gó como un vino!

Y sin embargo es ella "La mujer que no mece un hijo (en el regazo, (cuyo calor y aroma alcanzo a sus (entrañas..."

Allí está la fibra medular de su drama. Aún para el dolor por el hallará resignación. Ese amor significa en la espada de su tragedia la huella de sangre perdurable; pero la puede mecer el llanto, se puede resolver en Dios. La madre lleva rumbo inverso. La madre aún espera; "¿aún por las noches se le duerme alzada la mano sobre un invisible infante!"; y de día o en la vigilia no turna, la razón zorra de soledad.

"El poema del Hijo" afilla la tragedia; y no tanto en los gritos que piden ungidos el niño, que son verdad; en los que mienten:

"Bendito pecho mío en que a mis (gentes hundo (y bendito mi vientre en que mi raza (muere!"

Esta mentira horrible hace la desgarradura. Por ella nos salpica el alma de lágrimas de lava y está nuestro corazón convulso cuando llegamos a la exclamación final:

¡Padre Nuestro que estás en los (cielos! Recoge mi cabeza mendiga, si en esta noche (muero!"

Conéctese que de su autocrítica, salve este poema. El es toda ella, lo que no morirá.

Comprendo también que "Los Poemas de las Madres", con los males todos nos enorgullecamos, para ella pasen sin amor. Fueron tal vez su ilusión mentida, un triste jerga acaso. La imaginación, la identificación, el instinto exacerbado por el largo ansiar le dió el acierto, el presentir más claro que un sentir de experiencia. Ella no los ama. Se sobrepone demás; adó a ellos su dolor.

Y el título de estos poemas me trae a la cuenta de no haber citado uno de los más grandes valores de la artista: su prosa. Muchos la cele-

LA MUJER ESTERIL

La mujer que no mece un hijo en el regazo cuyo calor y aroma alcance a sus entrañas tiene una laxitud de mundo entre los brazos, todo su corazón congoja inmensa baña.

El lirio le recuerda unas sienes de infante; el Angelus le pide otra boca con ruego; e interroga la fuente de seno de diamante porque su labio quiebra el cristal en sosiego.

Y al contemplar sus ojos se acuerda de la azada; piensa que en los de un hijo no mirará extasiada cuando los suyos vacien, los follajes de Octubre,

Con doble temblor oye el viento en los cipreses, y una mendiga grávida, cuyo seno florece cual la parra de Enero, de vergüenza la cubre.

Gabriela MISTRAL (Chile.)

UN BELLO POEMA DE GABRIELA MISTRAL

5.—LA ILUSION

Nada te han robado. La tierra se extiende, verde, en un ancho brazo en torno tuyo, y el cielo existe sobre tu frente. Echas de menos un hombre que camina por el paisaje. Hay un árbol, en el camino, un álamo fino y tembloroso. Hay con él su silueta. Se ha detenido, a des-

cansar; te está mirando.

Nada te han robado. Una nube pasa sobre tu rostro, larga, suave, viva. Cierra los ojos. La nube es en torno de tu cuello un abrazo que no te oprime, ni te turba. Ahora una lágrima te resbala por el rostro. Es un beso sereno. Nada te han robado.

la "buena voluntad" que pedía el Maestro. En "La Maestra rural" y "Credo" podréis mirarla a fondo; en "El Himno cotidiano" y "Hablándole al Padre", oír su prez genuina.

Y he ido postergando dos cuerdas primordiales de esta citara gigante; la madre y la enamorada. Tan sólo ellas dos, darán un libro a la crítica de la posteridad; bastarán ellas para ungir la memoria. Ahora, en artículo fugaz, limitémonos a indicirlas.

Para verlas, para vibrar, sacudiéndose, agitate en sus acordes desoladores, seguid—no hace falta más—de "El niño solo" a "La mujer estéril" y "El Poema del Hijo", este temblar de amor que se angustia.

Dice por ahí: "Un niño de ojos dulces me miró (desde el lecho (y una ternura inmensa me embria- (gó como un vino!

Y sin embargo es ella "La mujer que no mece un hijo (en el regazo, (cuyo calor y aroma alcanzo a sus (entrañas..."

Allí está la fibra medular de su drama. Aún para el dolor por el hallará resignación. Ese amor significa en la espada de su tragedia la huella de sangre perdurable; pero la puede mecer el llanto, se puede resolver en Dios. La madre lleva rumbo inverso. La madre aún espera; "¿aún por las noches se le duerme alzada la mano sobre un invisible infante!"; y de día o en la vigilia no turna, la razón zorra de soledad.

"El poema del Hijo" afilla la tragedia; y no tanto en los gritos que piden ungidos el niño, que son verdad; en los que mienten:

"Bendito pecho mío en que a mis (gentes hundo (y bendito mi vientre en que mi raza (muere!"

Esta mentira horrible hace la desgarradura. Por ella nos salpica el alma de lágrimas de lava y está nuestro corazón convulso cuando llegamos a la exclamación final:

¡Padre Nuestro que estás en los (cielos! Recoge mi cabeza mendiga, si en esta noche (muero!"

Conéctese que de su autocrítica, salve este poema. El es toda ella, lo que no morirá.

Comprendo también que "Los Poemas de las Madres", con los males todos nos enorgullecamos, para ella pasen sin amor. Fueron tal vez su ilusión mentida, un triste jerga acaso. La imaginación, la identificación, el instinto exacerbado por el largo ansiar le dió el acierto, el presentir más claro que un sentir de experiencia. Ella no los ama. Se sobrepone demás; adó a ellos su dolor.

Y el título de estos poemas me trae a la cuenta de no haber citado uno de los más grandes valores de la artista: su prosa. Muchos la cele-

la "buena voluntad" que pedía el Maestro. En "La Maestra rural" y "Credo" podréis mirarla a fondo; en "El Himno cotidiano" y "Hablándole al Padre", oír su prez genuina.

Y he ido postergando dos cuerdas primordiales de esta citara gigante; la madre y la enamorada. Tan sólo ellas dos, darán un libro a la crítica de la posteridad; bastarán ellas para ungir la memoria. Ahora, en artículo fugaz, limitémonos a indicirlas.

Para verlas, para vibrar, sacudiéndose, agitate en sus acordes desoladores, seguid—no hace falta más—de "El niño solo" a "La mujer estéril" y "El Poema del Hijo", este temblar de amor que se angustia.

Dice por ahí: "Un niño de ojos dulces me miró (desde el lecho (y una ternura inmensa me embria- (gó como un vino!

Y sin embargo es ella "La mujer que no mece un hijo (en el regazo, (cuyo calor y aroma alcanzo a sus (entrañas..."

Allí está la fibra medular de su drama. Aún para el dolor por el hallará resignación. Ese amor significa en la espada de su tragedia la huella de sangre perdurable; pero la puede mecer el llanto, se puede resolver en Dios. La madre lleva rumbo inverso. La madre aún espera; "¿aún por las noches se le duerme alzada la mano sobre un invisible infante!"; y de día o en la vigilia no turna, la razón zorra de soledad.

"El poema del Hijo" afilla la tragedia; y no tanto en los gritos que piden ungidos el niño, que son verdad; en los que mienten:

"Bendito pecho mío en que a mis (gentes hundo (y bendito mi vientre en que mi raza (muere!"

la "buena voluntad" que pedía el Maestro. En "La Maestra rural" y "Credo" podréis mirarla a fondo; en "El Himno cotidiano" y "Hablándole al Padre", oír su prez genuina.

Y he ido postergando dos cuerdas primordiales de esta citara gigante; la madre y la enamorada. Tan sólo ellas dos, darán un libro a la crítica de la posteridad; bastarán ellas para ungir la memoria. Ahora, en artículo fugaz, limitémonos a indicirlas.

Para verlas, para vibrar, sacudiéndose, agitate en sus acordes desoladores, seguid—no hace falta más—de "El niño solo" a "La mujer estéril" y "El Poema del Hijo", este temblar de amor que se angustia.

Dice por ahí: "Un niño de ojos dulces me miró (desde el lecho (y una ternura inmensa me embria- (gó como un vino!

Y sin embargo es ella "La mujer que no mece un hijo (en el regazo, (cuyo calor y aroma alcanzo a sus (entrañas..."

Allí está la fibra medular de su drama. Aún para el dolor por el hallará resignación. Ese amor significa en la espada de su tragedia la huella de sangre perdurable; pero la puede mecer el llanto, se puede resolver en Dios. La madre lleva rumbo inverso. La madre aún espera; "¿aún por las noches se le duerme alzada la mano sobre un invisible infante!"; y de día o en la vigilia no turna, la razón zorra de soledad.

"El poema del Hijo" afilla la tragedia; y no tanto en los gritos que piden ungidos el niño, que son verdad; en los que mienten:

"Bendito pecho mío en que a mis (gentes hundo (y bendito mi vientre en que mi raza (muere!"

Esta mentira horrible hace la desgarradura. Por ella nos salpica el alma de lágrimas de lava y está nuestro corazón convulso cuando llegamos a la exclamación final:

¡Padre Nuestro que estás en los (cielos! Recoge mi cabeza mendiga, si en esta noche (muero!"

Conéctese que de su autocrítica, salve este poema. El es toda ella, lo que no morirá.

Comprendo también que "Los Poemas de las Madres", con los males todos nos enorgullecamos, para ella pasen sin amor. Fueron tal vez su ilusión mentida, un triste jerga acaso. La imaginación, la identificación, el instinto exacerbado por el largo ansiar le dió el acierto, el presentir más claro que un sentir de experiencia. Ella no los ama. Se sobrepone demás; adó a ellos su dolor.

Y el título de estos poemas me trae a la cuenta de no haber citado uno de los más grandes valores de la artista: su prosa. Muchos la cele-

la "buena voluntad" que pedía el Maestro. En "La Maestra rural" y "Credo" podréis mirarla a fondo; en "El Himno cotidiano" y "Hablándole al Padre", oír su prez genuina.

Y he ido postergando dos cuerdas primordiales de esta citara gigante; la madre y la enamorada. Tan sólo ellas dos, darán un libro a la crítica de la posteridad; bastarán ellas para ungir la memoria. Ahora, en artículo fugaz, limitémonos a indicirlas.

Para verlas, para vibrar, sacudiéndose, agitate en sus acordes desoladores, seguid—no hace falta más—de "El niño solo" a "La mujer estéril" y "El Poema del Hijo", este temblar de amor que se angustia.

Dice por ahí: "Un niño de ojos dulces me miró (desde el lecho (y una ternura inmensa me embria- (gó como un vino!

Y sin embargo es ella "La mujer que no mece un hijo (en el regazo, (cuyo calor y aroma alcanzo a sus (entrañas..."

Allí está la fibra medular de su drama. Aún para el dolor por el hallará resignación. Ese amor significa en la espada de su tragedia la huella de sangre perdurable; pero la puede mecer el llanto, se puede resolver en Dios. La madre lleva rumbo inverso. La madre aún espera; "¿aún por las noches se le duerme alzada la mano sobre un invisible infante!"; y de día o en la vigilia no turna, la razón zorra de soledad.

"El poema del Hijo" afilla la tragedia; y no tanto en los gritos que piden ungidos el niño, que son verdad; en los que mienten:

"Bendito pecho mío en que a mis (gentes hundo (y bendito mi vientre en que mi raza (muere!"

ANTE EL LIBRO DE GABRIELA MISTRAL

Se no hace mucho en una conversación: "Si Rubén Darío tendió lo un cielo nuevo sobre la poesía teliana, Gabriela Mistral ha venido a ocupar en este cielo el puesto de la diosa".

No soy amigo de las frases grandilocuentes. Antes bien, las detesto. Pero lo dije. Y lo dije porque a veces hay ocasiones en que los sentimientos sobrepujan a las palabras y exigen la música, hay veces también en las cuales el juicio es exaltado por el valor del objeto en apreciación, y arranca por fuerza la frase inusitada.

Si, en este cielo nuevo tendido por Rubén Darío sobre la poesía teliana, Gabriela Mistral abre sus alas de diosa hoy, y abarca llena, domina el espacio. Su corazón de brasa y su lengua de llama enrojecen el aire, renuevan colajes y horizontes. La ponderación musical de Darío, el florecer elegante de su melancolía indo-europea, su equilibrio y suave gracia helénica, su panismo que estruja todos los racimos para concluir en penitenciarío recogimiento bajo el sayal católico, toman ya quietud augusta y marmórea, actividad sin regencia actual. Mantémoslos su culto en la eternidad, como el de un dios en el santuario; porque la hora presente para la poesía de América se violenta de amor, inflamada por la diosa nueva. Hoy, la entraña humana de la tierra clama: grita el dolor; el empujamiento religioso recobra la voz candente del psalmista: el perdón posa la mano sobre los corazones mientras en el labio el reto continúa: la noche mece al mundo en regazo de madre, pero de madre que arroja en dulzuras permaneciendo ella sufriente, brava y trágica; y aún los niños, los temblorosos niños sensibles, parece que van a modificar su ensueño y a reñir el rosal de la guirnalda con que hacían ronda en torno a nuestros días.

Es así. Debo repetirlo ahora frente a este libro magnífico, "Desolación", donde forma un sólo haz la obra casi entera de la gran poetisa.

No obstante, cuán difícil, si no imposible, resulta definir exacta y acabadamente una de estas personalidades cúspides o síntesis de su raza en una época. Apenas fijamos sobre ellas dos ideas, vemos ya que, hallándonos en lo justo, no alcanzamos gran cosa de la verdad total. Porque decimos siempre que el alma de un gran poeta resume su tiempo y su mundo; más nos olvidamos de agregar que, cabalmente por la amplitud de esta representación, los relámpagos significativos de esa alma son tantos, que polifurcan el juicio, lo tornan complejo y terminan por desconcertarlo. Y es que demasiados a menudo surgen estos relámpagos del choque de las grandes fuerzas contradictorias que en el hombre luchan sin cesar y en vano por eliminarse o conseguir conciliación. El poeta siente esas fuerzas, las canta, las alumbra; pero nos las envía en grandeza, las mantiene así casi inconceptuales para la razón, y ellas permanecen enormes y oscuras como el misterio mismo de la vida. Son el Verbo que no se hará carne de cerebro.

Múltiples han de seguir ante nosotros estos genios, múltiples e in-

barcables. Nos inclinaremos, pues, ante ellos, y nos habremos de resignar a esbozar descaballadamente sus aspectos.

Comencé yo, por ejemplo, trazando un perfil de zarza ardiendo al frente de estas presunciones críticas; y la afirmación vacila ya, en cuanto abro al azar el libro y pasan diluyendo mi concepto poemas como "El Angel Guardián", "Piecietos", "Manitas", "Canciones de Solveig", y diez y veinte más, que me llevan al encantamiento de lo inefable, suave, tierno, manso, humilde. Pampa blanca que la emoción no enrojece sino dora en rosa, todo este fluir de cantos leves me contradice, se opone al tajo duro del monte, a los brazos retorcidos de la angustia y a ese desolado alarido ya más escuchado antes del "Poema del Hijo", y aún antes de "Interrogaciones", "Los Sonetos de la Muerte", "Intima", "Tribulación", "La Montaña de noche", antes de toda esa enorme sección Dolor.

Despréndese también de aquí la relatividad de algo que se generaliza como aserto definitivo al sentar la estirpe de nuestra poetisa: su espíritu esencialmente hebraico. Esto no me parece absoluto. Yo diría más bien: Es un alma de Israel convertida al cristianismo. No sería grande la enmienda; pero precisaría el matiz. Porque Gabriela Mistral es David, Job y Salomón, en Mateo, Pablo y Juan. Antes de evocar su "Mujer Fuerte" y su "Ruth" la moabita ("bajo el sol caldeado", nos dijo en Occidente su más genuino ardor "al oído del Cristo"). Su aliento bíblico nos llega siempre aromado en el aliento del Nazareno. Su corazón está henchido por la sangre piadosa del Hijo.

Aun cuando tiene ira, es del Maestro su azote y a El pide redención: "¡Retóñalos desde las entrañas, (Cristo!

Si ya es imposible, si Tú bien lo (has visto, (si son paja de eras... ¡desciéndale a (aventar!"

¿No os sentís ante los latigazos en el templo?

Y repasad composiciones fundamentales desde el punto de vista religioso, como "Viernes Santo", "Nocturno", "La Cruz de Bistolf", "Al Oído del Cristo", "Canto del Justo"... Veréis, bajo la maravilla poética, siempre la viscerosa cristina. "El Ruego", acaso lo más grande y perfecto de su obra en verso—con "Amo Amor", "El Poema del Hijo" y "Dios lo quiere"—¿no está sellado en la fe de Cristo y empapado en su llanto de amor y perdón?

"Y amar (bien sabes de eso) es (amargo ejercicio; (un mantener los párpados de lágrimas (mas mojados, (un refrescar de besos las trenzas del (cilicio conservando, bajo ellas, los ojos ex- (tasiados).

Se mojarán los ojos oscuros de (las fieras (y, comprendiendo, el monte que de (piedra forjaste (llorará por los párpados blancos de (sus neveras: (¡toda la tierra tuya sabrá que per- (donaste!"

Hay que llamarla, pues, hebreas: pero como ella dice "¡Oh Rey de los

con las aptitudes receptivas de quien lee, mira o escucha. Aunque la mitad de los poemas de este libro penetran directos a la sensibilidad más ingenua, mucho requieren cierta riqueza de acústica interna. Almas para quienes sólo existe una visión horizontal, hallarán confuso el verso prismático, en el cual se proyecta la significación en diferentes sentidos a la vez; verso denso y ancho, que envuelve la periferia sensible, y se adentra en lo profundo, y se aleja en lo vago, y sueña en el misterio y en lo trascendental temblando, todo en un movimiento único hecho de actos simultáneos. Para alcanzar la plenitud de este verso se hace menester, sí, contar con percepciones mayores, con una buena caja de resonancia interior, y tener en la frente la estrella de la propia claridad. Entonces, esta poesía no sólo será clara, sino que se adueñará del alma en definitiva.

Pero, algunos no entienden, por que ellos son oscuras. No repíndenos de nosotros el diablo, luzidez. Si lo pretendiéramos, procederíamos como aquellos tíos del Marcell Pronst. "Creían ellas que deben presentarse a los niños obras de arte que admiramos definitivamente cuando somos hombres maduros, y que los niños demuestran buen gusto si las encuentran agradables. Y es porque, sin duda, estas personas se representan los méritos estéticos como objetos materiales que unos ojos abiertos no tienen más remedio que percibir, sin necesidad de haber ido madurando lentamente sus equivalentes dentro del propio corazón".

Con los que no comprenden, pues, no cabe disputa. Contra ellos no

gastado. Huye con tal empeño del lugar común, que sus versos sufren enmiendas sin fin. Nunca la he visto satisfecha con la factura de un poema suyo. Para algunos, este luchar heroico concluye en cierta pérdida de soltura, espontaneidad, trans parencia. Yo anoto que, en cambio, viven únicos, inconfundibles, nuevos de toda novedad.

Comprendamos cuando nos dice: "Tengo la veinte años en la carne (hundido

—y es caliente el puñal— (un verso enorme, un verso con ci- (meras

de pleamar. (De albergarlo sumisa, las entrañas (cansa su majestad. (Con esta pobre boca que ha men- (tido

se ha de cantar? (Las palabras caducas de los hombres (no han el calor (de sus lenguas de fuego, de su viva (tremolación.

Como un hijo, con enjao de mi sangre se sustenta él, (y un hijo no bebió más sangre en (seuo

de una mujer. (¡Terrible don! ¡Socarradura larga (que hace anillar! (El que vino a clavarlo en mis entra- (ñas

tenga piedad!" (Aunque el grito no se da aquí por la mera preocupación de la forma verbal, está el rastro elocuente a cada paso. Y responder con esta fortaleza es concluir la discusión.

Por lo demás, bueno es advertir que la tortura de la forma quedó ya en sus versos de otra época. Mucho tiempo hace que su estilo se ha flexi-

EL AMOR QUE CALLA

Si yo te odiara, mi odio te daría en las palabras, rotundo y seguro; pero te amo y mi amor no se confía a este hablar de los hombres, tan oscuro!

Tu lo quisieras vuelto un alarido, y viene de tan hondo que ha deshecho su quemante raudal, desfallido, antes de la garganta y antes del pecho.

Estoy lo mismo que estancque colmado y te parezco un surtidor inerte, y todo por mi callar atribulado que es más atroz que el entrar en la muerte!

Gabriela MISTRAL (Chile.)

GOTAS DE HIEL

No cantes: siempre queda a tu lengua apegado un canto: que debió ser entregado. No beses: siempre queda, por maldición extraña, el beso al que no alcanzan las entrañas.

Reza, reza que es dulce; pero sabe que no acierta a decir tu lengua ajara el solo Padre Nuestro que salvara.

Y no llares la muerte por clemente, pues en las carnes de blancura inmensa un girón vivo quedará que siente la piedra que te ahoga y el gusano voraz que te destrenza.....!

Gabriela MISTRAL (Chile.)